

VENUS INACABADA

Ana Marco

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN: 978-84-16564-43-9

© 2017 Paradimage Soluciones

INDICE

Capítulo 1	7
Capítulo 2	12
Capítulo 3	14
Capítulo 4	19
Capítulo 5	21
Capítulo 6	22
Capítulo 7	23
Capítulo 8	34
Capítulo 9	35
Capítulo 10	36
Capítulo 11	42
Capítulo 12	44
Capítulo 13	46
Capítulo 14	56
Capítulo 15	58
Capítulo final	67

PROLOGO

Venus inacabada es una obra surreal, hija de la pluma de Ana Marco y de una pasión compartida entre la literatura y la pintura. Una relación peligrosa, un cautiverio imposible y una maduración de los sentimientos que hacen de Amanda una mujer decidida y luchadora, protagonista por fin de su propia vida y su sexualidad.

Venus inacabada es el epílogo de Amanda, a la que da un feliz desenlace, pero es al tiempo una obra completa en sí misma que hará sin duda las delicias del lector.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por
Paradimage en www.paradimage.com*

VENUS INACABADA

CAPÍTULO 1

17 de agosto de 2015

Lo primero que tenía que hacer era tomar conciencia de quién era, esos segundos previos a la percepción de la realidad tan asfixiantes y que pasaban tan lentamente. Por fin pudo reconocerse y decir en alto respondiendo a su propia pregunta “Amanda, soy Amanda. Pero ¿dónde estoy? ¿qué hago aquí?”

No tenía respuestas, quizá tan sólo una que le hostigaba el pensamiento, “¿quién me ha traído aquí?”. Entre confusión, miedo, y un nerviosismo todavía amodorrado consiguió decir un nombre: “Lucca”.

Conforme se iba despertando más preguntas acudían a su mente “¿cuántos días de mi vida he perdido?” Y finalmente, “¿por qué?”

Percibía un calor húmedo y cerrado, estaba casi a oscuras y sentía un olor que no le desagradaba pero que no acertaba a concretar, a buen seguro por la desubicación que tenía. Sus pensamientos iban de un lado a otro entre lo que quería saber, lo que sentía, qué empezaba a recordar o qué le esperaba allí. Su cabeza era un batiburrillo de dudas y miedos.

Empezaba a recordar según se diluía el efecto del narcótico y venían a su mente recuerdos inconexos y mezclados. Era

consciente eso sí, de que su cabeza aún no estaba coordinando correctamente. No sentía dolor corporal pero al cabo de unos minutos empezó a sentir dolor en su interior. Y miedo, mucho miedo. Fue consciente de súbito de que estaba sola, pero sola sin opción y sin elección, sola y sin saber qué iba a pasarle. Quería volver a dormirse y olvidar, pero ¿qué adelantaría con ello? Nada, sólo posponer aquello a lo que sin duda tendría que enfrentarse más temprano que tarde.

Estaba sentada y apoyada sobre una pared, pero se volvió a tumbar. Recordó a sus padres y comenzó a llorar. Y lloró como nunca lo había hecho, a maldecir al que sin duda era el culpable de ese encierro, el que llamó a su puerta el día en que iba a abandonar Florencia y que, al darse cuenta de que ella se iría sin él, lleno de ira, hizo unas cuantas llamadas y preparó un plan exprés de cautiverio para ella. En dos días subió a un avión su cuerpo inerte y la dejó en manos de dos expertos abridores de puertas de todo tipo, tarea ésta bastante asequible para lo que aquellos hombres eran capaces de realizar. Así pues, desde que vio a Lucca encendido de cólera aquel último día, en su todavía casa, ordenando que la pincharan en el brazo y le regalaran un tiempo muerto que ella no había pedido, hasta hoy, no tenía ni una sola sensación, ni recuerdo, ni experiencia. Sólo dos días en blanco.

Aún no sabía dónde había despertado. Al cabo, dudó entre dejarse abandonar en el suelo o dar una vuelta y ver, aunque

con poca luz, dónde parecía que iba a pasar un tiempo. Optó entonces por levantarse despacio y empezar a caminar mientras iba pensando “¿a qué huele?” Y sin darse cuenta volvió a repetir la misma pregunta pero esta vez habló y lo dijo en alto “¿pero, a qué huele?” y oyó la voz de un muchacho de unos quince años que le dijo:

— Pues a pintura, huele a pintura, a pintura vieja y abandonada y a cuadros olvidados.

Amanda ahogó el grito que le provocó la enorme sorpresa que se llevó al oír al joven. Un chiquillo vestido de forma humilde, rayano en lo harapiento y como de otra época. Pensó enseguida que estaría disfrazado, pero ¿por qué? no entendía nada aunque una cosa sí era cierta, olía a pintura.

— No se asuste, no voy a hacerle nada malo. Dijo el muchacho.

— ¿Quién eres? —preguntó Amanda.

— Me llamo Isidro, tengo quince años. Al menos tenía esa edad cuando pasó aquello.

Amanda no sabía si preguntar qué era aquello que había pasado o salir corriendo. Finalmente le pudo la curiosidad. También le llamó la atención el nombre del chico, pues no era un nombre que se le impusiera a los niños ni en la actualidad ni quince años atrás, y también le chocaba que él se dirigiera a ella con tratamiento de usted.

— ¿Qué pasó, Isidro? —quiso averiguar Amanda.

— ¿De verdad quiere saberlo señorita?

— Claro Isidro, no tengo ningún otro plan en este momento. Perdona, quizá he sido un poco borde, no es que no me interese lo que te pasó, es que estoy muy confusa y ...

— No se preocupe, yo sé lo que le ha pasado a usted pero usted no sabe lo que me pasó a mí. Voy a aclarárselo todo, pero primero dígame ¿qué significa esa palabra que ha dicho, borde? Por favor.

— ¡Borde! ¿No sabes lo que significa borde?

— No, señorita.

— Yo te lo explicaré, pero llámame por mi nombre ¿vale, Isidro? Me llamo Amanda.

— De acuerdo señorita, ¡ay perdón! Señorita Amanda, digo ¡ay! Amanda.

Amanda rio y le pidió al muchacho que le contara aquello que le había pasado, no sin antes explicarle que ser borde era, entre otras cosas, no ser bien educada.

— Verá Amanda, es un poco complicado, no que yo le explique y perdone mi aparente poca humildad, sino que usted lo entienda. Y no porque no tenga buenas entendederas sino porque... bueno, al final se dará cuenta de por qué se lo digo.

Conocerá usted de sobra el cuadro de Goya “Los fusilamientos del 3 de Mayo”, terminado en 1814.

Amanda asintió.

— Pues yo soy el chico que está a la izquierda del hombre al que van a fusilar, espere, espere, deje que continúe. Ese hombre era mi padre y yo miraba sin querer ver, miraba a los soldados franceses y miraba a mi padre, miraba para no olvidar. Mi padre me había dicho: “Isidrín, si vienen a por mí y me matan, mírame cuando muera como Jesús pidió a su padre que lo hiciera. ¡Mírame, hijo!” Pero antes de caer muerto ya había muerto su dignidad. Él fue visto por el ojo del fusil y por mis ojos y sólo hubo miradas mudas y palabras ciegas. Eso fue lo que pasó, señorita Amanda.

» Sepa que yo soy tan real como usted no lo dude, y desde que Goya nos pintó, aunque dimos unas cuantas vueltas por España y hubo algún que otro accidente y restauración, hace ya mucho tiempo que vivo en este museo y de vez en cuando salgo del cuadro y me doy una vuelta. Hablo con mucha gente, aunque aquí como usted sabe, hay gente de toda Europa y con algunos me entiendo peor, pero con otros muy bien. No me mire más así, mujer y créase lo que le voy a decir. Sí, está usted en uno de los sótanos del Museo del Prado. Un joven rubio que hablaba como los de “El laboratorio” de Tintoretto, pintado entre 1548 y 1549, la dejó aquí dormida, yo lo vi todo. Vendrá pronto, o eso dijo al marcharse.

CAPÍTULO 2

Ya habían pasado más de 48 horas y no había ni rastro del paradero de Amanda. La Europol y la Interpol ya estaban al tanto, empezarían a buscar en Italia pistas en el lugar de la desaparición, posibles testigos; la punta del ovillo que todo agente desea, algo por dónde empezar.

Martín y Cayetana, los padres de Amanda, no salían de su desolación. Su padre facilitó de inmediato toda la información que tenía acerca de Lucca, de su familia y de sus actividades mafiosas, pero dicha información también la tenía la policía internacional. Ahora necesitaban pistas y pruebas sobre una desaparición y en principio sobre Lucca no había nada archivado. Perteneecía a una familia mafiosa, sí, pero oficialmente no constaba aún delito alguno por el que se le pudiera acusar.

Sara no era la misma, luchadora infatigable como había sido por su presente y su futuro laboral, o el de su relación con Amanda, ahora estaba abatida. No podía creerse lo ocurrido, después de haberle costado tanto conseguir poner en claro los sentimientos de ambas. Para colmo, además, nadie sabía nada y no era el mejor momento para hacerlo público. Ella sólo tenía clara una cosa, la buscaría hasta los confines de la tierra, había luchado por ella y más ahora que nunca volvería a hacerlo.

Hacía dos días que sólo vivía por y para encontrarla. Sabía quién la tenía, lo que no sabía era dónde.

CAPÍTULO 3

Isidro salió corriendo medio adormilado en cuanto oyó pasos. Se quedaron los dos dormidos después de que él le contase a ella viejas historias del Madrid de 1808, y de aquella guerra. Le había contado también historias del Prado y muchas más que le contaría. Isidro o Isidrín, como ya le llamaba Amanda, lo sabía todo sobre el propio museo y sobre todos sus personajes pintados y sobre los artistas. Se escondió detrás de unos antiguos lienzos y vio llegar a Lucca y cómo despertaba a Amanda.

— ¡Buenos días!

— ¡Maldito! ¿Por qué me has traído aquí y de esta forma?

— Aquí tienes comida, ropa, y productos de higiene. Si te hace falta algo más, dímelo y te lo traeré o mandaré a alguien que te lo acerque. En la segunda puerta de ese pasillo de ahí a la derecha hay un aseo con ducha, me imagino que ya lo habrás encontrado. Me tengo que ir, querida y, ¡ah! De nada te servirá gritar, está todo insonorizado y quien podría hacerlo tiene instrucciones de no oírte. En las próximas visitas te iré diciendo porqué estás aquí y cómo tienes que ganarte tu libertad.

— ¡Lucca! Espera, entiendo tu rabia pero ¿cómo puedes ser tan cruel? ¡Piensa en mi familia, te lo ruego! ¿Qué quieres que haga? ¡Dime! —le gritó.

Ante la desesperación de Amanda él sólo pronunció tres frías palabras.

— Todo llegará, *ciao*.

Amanda esta vez no lloró, más bien pensaba en el precio que tendría que pagar por salir de allí, paradojas de la vida, de un lugar al que cuando entraba nunca quería salir. Siempre volvía a este o aquel pasillo a ver de nuevo algunos de los cuadros que tanto le fascinaban, incluso se le pasaba por la cabeza la idea de poder ser parte de alguno de ellos o vivir épocas pasadas, ser retratada por algún genio de la pintura y mejor aún, desnuda...

Isidro se acercó despacio y se acurrucó al lado de Amanda, la ternura que se habían despertado era mutua. Desde que se encontró con Amanda le costaba volver al cuadro, pues tenía la sensación de que la abandonaba. Amanda adecuó su cuerpo al de Isidro para que él estuviera cómodo. Los dos necesitaban cariño.

— ¿Ese hombre era su novio o esposo o algo parecido, señorita Amanda?

— Algo parecido, Isidro.

— Y si no es mucha la curiosidad, ¿me puede decir qué pasó para que la haya encerrado aquí?

— Claro que voy a contártelo, no tengo nada mejor que hacer en este lugar.

— Ha sido usted un poquito borde ¿no, señorita Amanda?

Los dos se miraron y rieron.

— Verás, he estado viviendo una temporada en Florencia. Me fui porque necesitaba aclarar muchas cosas sobre mi vida y allí lo conocí. Yo soy muy insegura, quizás ya no tanto, pero sigo siéndolo. Cuando me fui, mis sentimientos de amor eran por una mujer, mi mejor amiga y hoy sé que lo siguen siendo, pero entonces no quería verlo. Pertenezco a una familia muy conservadora y este hecho para ellos iba a ser muy duro de entender. Entonces conocí a Lucca, él se enamoró de mí, o eso me dijo siempre, hasta el punto de que en ese breve tiempo ya quería venir a Madrid conmigo y empezar una vida juntos. Yo necesitaba creer que también estaba enamorada de él pero Sara, que es la persona más maravillosa que he conocido, luchó durante todo este tiempo por nosotras. Me demostró que sus sospechas sobre Lucca no eran un invento y descubrió junto con mi padre la verdadera vida de Lucca. Así que decidimos que tenía que volver a Madrid rápidamente y que aquí empezaría, después de explicarle todo a mis padres, mi vida junto a Sara. El plan era que él no supiera que me iba para que no tomara

represalias contra mí, ni mi familia, ni Sara, habida cuenta de lo que sabíamos que podía hacer con sus antecedentes. Cuando ya estaba todo organizado y mis padres me iban a recoger, él, que ya habría notado algo, vino a mi casa antes de que yo me hubiera ido y lo último que recuerdo es una jeringuilla a punto de cruzar la piel de mi brazo derecho. El resto ya lo sabes, Isidro, fue aquí donde desperté.

— Señorita Amanda, ¿a usted le gusta una mujer, de verdad?

— Sí Isidro, en la época que te ha tocado vivir es algo mucho más difícil de reconocer y de aceptar y además tú eres muy joven, pero el amor no tiene sexo, ni religión, ni raza. Por no tener, no tiene ni buena puntería, pero sí, así es, yo amo a Sara. ¿Tú nunca te has enamorado?

— Sí, verá señorita Amanda, aquí en el museo lo pasamos muy bien, todos los que vivimos en los cuadros salimos cuando el museo cierra, nos conocemos perfectamente. A veces también nos enfadamos, jugamos y, por supuesto, también nos enamoramos y ¿sabe? también nos cambiamos de cuadro, pero por alguien parecido porque si no se nota mucho la diferencia. A no ser que sean grupos de personas que tienen los ojos muy raros, que normalmente no se fijan mucho y que cuando se despista la seguridad nos hacen fotos y nos dejan ciegos con esas luces tan fuertes que salen de esas máquinas. Entonces si podemos hacerlo, pero si escuchamos que saben y prestan mucha atención o van con alguien que les explica las cosas no

podemos arriesgarnos. Mire, hace unos días me cambié de cuadro y me fui a "Los fusilamientos del 2 de Mayo" y a "La carga de los mamelucos" de 1814, también de Goya. Me cambié por otro muchacho y me lo pasé muy bien porque me encantan las batallas con caballos. A él no le gustó tanto mi cuadro pero me dijo que venía bien cambiar de aires. Y claro que me he enamorado, señorita Amanda, pero en este tiempo en el que vivo la diferencia de clases marca mucho y no hay ninguna posibilidad.

— ¿De quién te has enamorado Isidro? —quiso saber Amanda.

— De María Agustina Sarmiento. Es la muchacha que ofrece agua en un búcaro a la Infanta Margarita en "Las Meninas" de Velázquez, terminado en 1656. ¡Imagínese!, ella todo el día con los Reyes y yo...

»Pero siempre que voy a verla me sonrío y a veces hasta me guiña un ojo.

CAPÍTULO 4

La respiración pausada y rítmica de Isidro dormido en el regazo de Amanda era todo lo que se oía en aquella gran habitación que se había convertido en su hogar. Era una nave rectangular de unos 300 metros cuadrados, con dos ventanucos pequeños en cada extremo más largo de la habitación, muy cerca del suelo, y un pequeño pasillo donde se encontraba el baño del que, a unos 20 metros, había una salida al exterior defendida por los hombres de Lucca y por donde entraba y salía él.

Amanda no tenía sueño y pensaba en cómo había cambiado su vida. Isidro se había convertido en su todo, él dormía con ella todas las noches y por la mañana, antes de las 10, volvía a su cuadro.

Pensaba en Sara, en cómo la echaba de menos, en cómo la amaba y pensaba en cómo la besaría cuando se volvieran a ver. Sería un beso donde entregara su alma y recibiera la de ella. Amanda había oído muchas historias sobre los besos que se dan por dar, besos nocturnos, vacíos, donde no hay correspondencia de emoción, sólo la búsqueda de una solución rápida, lasciva, para intercambiar un placer puntual y primitivo, donde se besa y no se da ni el nombre.

Amanda pensaba que un beso sin amor era como un tatuaje sin tinta. Había besado a Lucca con cariño. Acaso había sido un

pseudo-amor, dejándose llevar más por la inercia de una búsqueda de algo necesario que por la emoción pura.

Amaba a Sara y le dolía más que nunca no estar con ella. No quería desesperarse y hacía verdaderos esfuerzos por pensar que saldría de aquel lugar sana y salva, aunque tuviera que dejar allí a Isidro, pero siempre podría visitarlo. Aún no era consciente del papel que iba a jugar Isidrin en su vida. Aquel muchacho inteligente, espontáneo, dulce, listo, protector, sensible y tan tierno.